

# **PARA UNA LOCALIZACION DE LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA DE POSGUERRA**

**ANTONIO FERNANDEZ ALBA**

El campo de la Arquitectura está alejado de una crítica constructiva en la mentalidad y en la actualidad de la vida de nuestro país, en parte por su complejidad, en parte por la falta de un análisis consciente ante los problemas que la Arquitectura tiene planteados en la actual circunstancia española.

Nuestras ciudades, nuestro paisaje y nuestras primeras necesidades de habitación están en peligro, los pequeños resultados positivos, productos de esfuerzos individuales, no compensan el déficit de estragos que en el ámbito nacional se denuncian, debidos en parte a la ausencia de una actividad profesional seria.

Para una localización de la Arquitectura española de posguerra, es necesario tomar conciencia de los hechos acaecidos en la España contemporánea y situar la Arquitectura española en el debate del "Movimiento Moderno" desarrollado en Europa.

El siglo XIX mantiene una corriente académica de indudable interés debido a la singular personalidad de Villanueva; tardías y poco eficaces son las influencias de Viollet-le-Duc, que hace renovar viejas formas medievales que pronto se desvanecen en arquitecturas de esquemas formales, con temas renacentistas, isabelinos o mudéjares.

La evolución ideal de España, como apunta Ganivet, se explica sólo cuando se contrastan todos los hechos exteriores de su historia, "con el espíritu permanente, invariable, que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros". La generación del 98 trata de actualizar ese "espíritu permanente" con un apasionado nacionalismo que se hace patente en toda la Arquitectura de los veinticinco primeros años de nuestro siglo. Nacionalismo que nunca fué ni autónomo ni original, y que en la arquitectura hizo posible que los arqueólogos fueran los verdaderos arquitectos.

Como reacción lógica a este nacionalismo desplazado aparece en España un espíritu renovador que trata de difundir las nuevas corrientes europeas.

El "Sprit Nouveau", la difusión pedagógica de Gropius desde el "Bauhaus", la poética de Mies van der Rohe, la fuerte personalidad de Le Corbusier, fueron motivos suficientes para que el "Movimiento Moderno" tuviera su actualidad en España, pero el fermento activo que llevaba en su esencia no fué nunca asimilado.

Las aportaciones de José Luis Sert encuentran su significado, a nuestro juicio, como una alternativa al "movimiento moderno", nunca como una integración a la esencia del mismo. Consideración análoga puede hacerse sobre el grupo catalán G.A.T.E.P.A.C., que, perdidos en críticas localistas, no asumieron las preocupaciones sociológicas e ideológicas que el movimiento llevaba implícitas.

Paralelo a este espíritu "internacionalista", se desarrollan en nuestro país corrientes hacia temas académicos, como oposición a una tendencia nominalmente racionalista que traía en la esencia de su menaje no sólo una gramática de formas, sino una revisión de valores en la estructura de una sociedad en decadencia.

El Alzamiento Nacional del año 36, en busca de un nuevo nacionalismo, acentúa este estado de cosas preparadas en los años anteriores al Alzamiento. La difusión de una cultura académica y la direc-

ción cultural de la nueva política, crearon el ambiente propicio para que los arquitectos que trabajaron en los años después de la liberación orientaran su lenguaje de formas hacia una "arqueología aplicada" de épocas de gran esplendor político.

Este brote de "neo-nacionalismo", en intención paralela al que provocara el apasionado espíritu nacional de la generación del 98, desemboca en un lamentable mimetismo historicista lleno de superficialidad y ajeno por completo a los auténticos valores nacionales.

La posibilidad que un estado nuevo de ideas e intentaciones ofrecía no estuvo secundado por unos arquitectos responsables de su cometido; la dirección que en el debate de posguerra debería haber tomado nuestra Arquitectura careció de un análisis serio, de una visión con perspectiva, de unos profesionales informados; pues el fenómeno no era de una singularidad destacada que integrara un estado nuevo de cosas: era producto de una colectividad que reclamara con urgencia los dos temas fundamentales de la Arquitectura moderna: la planificación nacional de las fuentes de trabajo y la evolución de la construcción que el proceso de la producción industrial, ha impuesto a los métodos artesanos de trabajo.

El error de entonces sigue patente veinte años después; el decenio 40-50 de la posguerra siembra la geografía española de construcciones que van desde las estrictas concepciones académicas, de la "obra monumento", a los formalismos más arbitrarios de la falsa tradición. Esta nueva dirección, creada por la sicosis de posguerra, que intenta revisar los valores de la tradición a través de una crítica de las características más generales de la cultura española, estuvo secundada por una reacción política, social y cultural de la clase burguesa, reaccionaria siempre a toda innovación que no sean los privilegios de sus propios fueros.

La orientación tradicionalista de nuestro lenguaje de expresión, en el decenio 40-50, no puede plantearse desde un análisis parcial de la situación provocada por la guerra; la escasez de materiales, la falta de medios auxiliares en técnica constructiva, la pérdida de una mano de obra especializada, son características que determinan una orientación arquitectónica diferente a la realizada en la reconstrucción española; los edificios más representativos de esta época se construyen al margen de la realidad social y a las condiciones económicas del medio nacional y por triste paradoja ajenos a una imposición política determinada.

El primer paso hacia un nuevo orden de cosas se logra cuando aparecen inteligencias que reciben y asimilan impresiones nuevas que se plantean nuevas conclusiones y actúan según ellas. En el decenio 40-50 esta asimilación queda reducida a una minoría perfectamente localizada. Por una parte la expresión local de una Arquitectura mediterránea; por otra, la introducción de las corrientes del "neo-empirismo" nórdico y sus distintas manifestaciones de arquitecturas nacionales, ambas reducidas a una inteligente labor profesional, pero impotentes por su propio contenido para una renovación de la arquitectura nacional, renovación que en el fondo reclamaba una conciencia política en todos los sectores particulares y generales, pues la transformación de nuestro lenguaje de expresión será consecuencia de una revisión intransigente y racional de las aportaciones del pasado y las posibilidades del presente.

El desarrollo parcial de los temas de la Arquitectura contemporánea tuvo lugar en España en el decenio 50-60, parcial, pues el fenómeno es más mimético que de concepto, más de esquemas y formalismos que de análisis de las condiciones del medio.

La falta de orientación en la enseñanza y práctica de la Arquitectura ha hecho posible que en un período menor de diez años—período en el que la divulgación de las obras y textos del movimiento moderno comienzan a llegar a nuestro país—tendencias y maestros se han ido turnando en ciclos de escaso valor didáctico.

Le Corbusier y Niemeyer, Neutra y Mies van der Rohe, Jacobsen y la escuela japonesa, tendencias italianas y Wrigth, brutalistas ingleses y apenas descubierto Luis Kahn, es el último maestro en turno. Esta falta de criterio hace posible que en el panorama de la Arquitectura española se tenga la convicción, al menos aparente, de haber resuelto los problemas por el simple hecho de una aplicación sistemática de los formalismos modernos.

Frente a este esquema de una concepción de la Arquitectura como medio que transforma las necesidades materiales y espirituales del hombre, existe una visión utilitaria de la realidad profesional, mediatizada por una burocracia que sólo aspira al acceso de los altos puestos directivos en organismos de carácter oficial o privado sin otro compromiso que la justificación nominal de sus diplomas. Los ejemplos son lo suficientemente elocuentes; por muchas partes se denuncian ordenaciones irracionales, producto

más de la especulación de potentes empresas financieras que del criterio ordenador de profesionales responsables.

En un reciente Congreso de la U.I.A. la sección italiana hacía constar el carácter anticuado de la construcción en cuanto a los resultados de la "calidad"; las causas hay que buscarlas, señalaba, en la falta de coordinación, en la preponderancia de intereses de ciertos grupos "monopolizadores" que producen los materiales de construcción, que controlan los Bancos, las grandes sociedades inmobiliarias, las grandes empresas constructoras. En cuanto a las aportaciones de "Cantidad", deja sin resolver los problemas verdaderamente dramáticos de la vivienda, la escuela, la asistencia sanitaria para las clases menesterosas. Por todas partes aparecen signos de una degeneración de la construcción en los centros urbanos, grandes o pequeños, de una degradación de los centros agrícolas, de una desorganización de las comunidades esparcidas o concentradas; es un hecho evidente que el desarrollo del futuro está comprometido.

Si es cierto que la validez de las intenciones de una generación se mide por el respeto que ella sabe inspirar a aquellas que le siguen, a la nuestra le toca tomar conciencia de un hecho nuevo que justifica en parte el sentido trascendente en tantas intenciones, vengan de los extremos políticos que se quieran; el desarrollo de nuestra Arquitectura está ligado al desarrollo de una nueva conciencia política en gran parte de nuestros semejantes, que reclaman su derecho a la cultura y a unas condiciones normales de bienestar. Tratar de resolver estos problemas como profesionales libres, asilados en sus pequeños trabajos de creación artística o ascritos a las innovaciones oscurantistas o reaccionarias, es seguir eludiendo la situación en su verdadera dimensión. La Arquitectura contemporánea en España necesita de una crítica abierta, de un debate constructivo en todos los sectores que la integran, de una orientación hacia unas fuentes nacionales con las constantes universales del movimiento moderno; los ejemplos de las arquitecturas nacionales en Japón, países Nórdicos, las tendencias de la escuela del Pacífico. La introducción de Le Corbusier y Aalto en el campo de la Arquitectura popular son muestras suficientes de la calidad arquitectónica que se puede conseguir. La evolución de la técnica es un hecho que no se puede ignorar; el planteamiento del dilema sobre un futuro tecnológico como sucedáneo a los valores del mundo interior de los hombres libres, tal vez no nos corresponda a nosotros. "Es muy posible que un pueblo que tenga algo de D. Quijote, como escribía Machado, no sea siempre lo que se llame un pueblo próspero. Que es un pueblo inferior, he aquí lo que yo no reconoceré nunca. Tampoco hemos de creer que sea un pueblo inútil, de existencia superflua para el conjunto de la cultura humana, ni que carezca de una misión concreta que cumplir, o de instrumento importante en que soplar dentro de la total orquesta de la historia. Porque algún día habrá que retar a los leones, con armas inadecuadas para luchar con ellos, y hará falta un loco que intente la aventura. Un loco ejemplar."

## LUIS MOYA

### GEOGRAFIA ESPAÑOLA

El territorio español es demasiado vario para determinar por sí un ideario nacional, como querría un positivismo a lo Taine. Su constitución física y su situación geográfica hacen de él como un compendio de casi todos los aspectos que contiene el Planeta. En las mesetas centrales el carácter es poco menos que tibetano, pero el Levante es el Mediterráneo tanto como lo es Italia—muy europeizado al Norte y con modos orientales y africanos al Sur—, y en Andalucía los mismos modos norteafricanos y orientales posan sobre una base constante de cultura clásica griega y romana, y todo ello se baña en el mar de América. La región Cantábrica está en el ámbito europeo nórdico, y con típico espíritu europeo se ve en ella la constante relación con América. Lo típico, en fin, de nuestra geografía es no tener ningún aspecto geográfico típico.

### RAZA

Es la raza lo que unifica nuestro país, suele decirse, y lo que determina su carácter. Pero en realidad no hay una raza en sentido somático, sino una extraordinaria mezcla de razas: europeas, orientales, norteafricanas, americanas, extremo-orientales. Cada una, en cada uno de los españoles y en el conjunto de todos, ha dejado su poso de cultura, sentimiento, ideas y creencias, concepto del mundo y modo de ver la vida, y hasta vivencias transmitidas por auténtica tradición familiar, popular y finalmente nacional. La situación de España como cruce de caminos entre Europa y Africa, Oriente y América nos hace vivir, aunque sea sin comprenderlo a fondo, casi todo el movimiento de la historia universal, tanto antigua como actual. El poder de asimilación de razas lo hemos tenido siempre y lo conservamos: hoy, la segunda generación de ingleses, escandinavos o alemanes insta-

lados en nuestro país se compone de españoles tan castizos como los más "tibetanos" de la meseta central o los más andaluces del Sur. En tales condiciones geográficas y humanas, es difícil asimilar nuestros problemas a los de otros países europeos más cerrados y aislados, como son Inglaterra y los escandinavos: porque lo son, aunque decirlo suene a descabellada paradoja. En resumen, lo característico de nuestra raza es no ser una raza característica, sino una convivencia de muchas.

## PAIS EN PELIGRO

Estamos expuestos a todos los vientos, guerreros a veces y culturales siempre, que barren el ancho mundo. Podríamos, lógicamente, ser un país colonizado por otros y cuya posesión fuese disputada por las grandes potencias, como ocurrió en Italia durante muchos siglos. No podemos oponer a este destino ninguna fuerza material, dada la constante pobreza de nuestro suelo y nuestra también constante falta de afición a la mecánica industrial (es sabido que los Reyes Católicos, en tiempos de esplendor de nuestra artesanía, hubieron de comprar en Milán los cañones para la guerra de Granada). Nuestra defensa ha sido de otro género, pues más que en lograr los medios normales de conservar la independencia ha consistido en formar y conservar el propio espíritu de independencia, tanto personal como familiar, municipal, regional y nacional.

## INDEPENDENCIA

A este aspecto de nuestro carácter suele llamársele anarquía en cada uno, "reinos de Taifas" o "capillitas" en las pequeñas colectividades que llegamos a formar espontáneamente, o insolidaridad cuando, como nación, nos apartamos de los conflictos mundiales, etc. Pues en conjunto, como españoles que formamos España, hemos sido y somos el elemento anárquico incrustado en la comunidad europea, o en la comunidad occidental de hoy. Ni España en conjunto, ni cada español en particular, se siente atraído por el carácter gregario del movimiento político, económico, cultural, artístico, informativo, etcétera, que constituye la nota común de Europa y de Occidente. Independiente cada español respecto de sus vecinos, también lo es el conjunto de los españoles respecto de las otras naciones. Esta es la respuesta, a estilo Toynbee, que damos a la amenaza constante que pesa sobre nosotros. En el fondo de nuestras reacciones está siempre la necesidad de salvar y conservar nuestro carácter, nuestra "unidad de destino en lo universal", que definió José Antonio.

## VOLUNTAD, DESTINO Y AZAR

La vida está, para Dilthey, determinada por estas tres condiciones. Entre nosotros, la voluntad y el destino están definidos para siempre: la voluntad ha sido y es el

impulso soberano de cada uno, el "hacer la real gana"; el destino ha sido y es la unidad, en medio de la variedad universal, como dijo José Antonio. En cuanto al azar, sería el elemento de fuera, el movimiento histórico de "los otros", contra el que resistimos y acabamos expulsándolo y asimilándolo, todo a la vez. El azar nos deja, así, una triple huella: aumento en nuestra capacidad de resistencia, reacción contra la novedad—con el consiguiente renacimiento de lo ya antiguo y caduco—y modificación de lo nuestro debido a la parte de lo ajeno que, aun sin querer, asimilamos.

## BASE DE LA UNIDAD

De todo lo anterior se deduce que falta algo para explicar la misma posibilidad de nuestra existencia como nación a lo largo de tantos siglos. La simple suma de anarquías individuales no puede dar por resultado una comunidad organizada, aunque sólo fuera medianamente organizada. Pero ese algo existe, y es la Religión única. Todos estamos capacitados para lo trascendente, para comprender y desear un "reino que no es de este mundo". Virtudes militares ibéricas, como el desprecio de la vida y la lealtad al jefe, explicarían algo de nuestra unánime conversión al Cristianismo en la antigüedad, pero sólo la forma de la Religión Católica y la ayuda sobrenatural pueden explicar su conservación y desarrollo. Y sólo la forma peculiar que tuvo la Inquisición en España puede justificar la existencia de la unidad española hasta hoy, como ya observó Menéndez y Pelayo. La comunidad de "ideas y creencias"—en sentido orteguiano—es la única base de nuestra unidad.

## VENTANAS AL EXTERIOR

Es fácil vaticinar el porvenir, decía Gracián; lo que ha pasado es lo que ocurrirá en el futuro. Nuestra historia tiene como una de sus constantes la introducción de novedades del exterior, su rápida asimilación parcial y su desarrollo fulgurante entre nosotros y hecho por nosotros. Los emperadores españoles Trajano y Adriano, las costumbres árabes de muchos en la España cristiana de la Edad Media, la mística española del siglo XVI, la arquitectura de los Borbones, la Constitución liberal de las Cortes de Cádiz, son sólo una mínima parte de una serie que hoy continúa con el éxito de nuestros compañeros en el premio Reynolds (Joya, Barbero y Ortiz Echagüe) y de los pintores y escultores abstractos españoles en el extranjero.

Estas aperturas al exterior forman dos clases: en una se asimila profundamente la parte de lo hecho fuera, que es apta para hacer germinar una semilla que ya tenemos, como ocurrió con los místicos españoles del siglo XVI, con la pintura de Velázquez o con la arquitectura de Villanueva. En la otra clase lo que se introduce no es alimento, sino veneno, que el organismo sano trata

de expulsar por todos los medios, como ocurrió con el materialismo liberal del siglo XIX, causa de guerras civiles durante más de cien años, y con la arquitectura afrancesada—degeneración del estilo "Ecole des Beaux Arts"—del último tercio del siglo pasado y principios de éste.

## BALANCE DE CINCUENTA AÑOS DE ARQUITECTURA

Todo lo anterior establece las bases para una consideración de nuestra arquitectura en este siglo. No es posible aislar lo hecho en los últimos diez años de lo ocurrido en los cincuenta anteriores, pues en todo lo que va de siglo se repite el juego de acciones y reacciones con perfecto ritmo. Nuestro siglo se diferencia del anterior en una cuestión esencial: en el conocimiento creciente de nuestro ser nacional y de nuestra verdadera situación en el mundo. Este conocimiento no se tuvo, en general, en el siglo pasado, por lo cual los problemas suscitados en él se reducían siempre a lo mismo: a nuestro "atraso" en relación con el "progreso" europeo. Así era natural, entonces, derribar las murallas de una ciudad para crear un boulevard, convertir un convento del siglo XII en fábrica de paños, etc. A partir del 98—por fijar una fecha tópica—se empieza a tener conciencia de nuestro paisaje, de nuestra naturaleza, de nuestros medios y de nuestra debilidad, pero también de nuestra peculiaridad. El modo con que Gaudí volvió del revés el movimiento modernista internacional es característico del momento, así como la incorporación que hizo de la técnica española del ladrillo a la nueva arquitectura.

El conocimiento creciente del país y la historia hizo ver que teníamos una base más seria que las florituras vacuas y bombásticas que constituían la vida pública y la arquitectura en aquel fin de siglo español: que la base de sencillez y claridad—clásica y modesta como la de los héroes griegos—había sido conservada en el estatismo de Castilla desde los tiempos del Cid y de Fernán González. Y que hechos análogos se encontraban en las otras partes de España, de una España que todavía llamaba pan al pan y vino al vino. Era la España de Azorín en lo poético, de Costa, Ganivet y otros en lo político. Su expresión artística fué el movimiento renovador del Renacimiento español y de su verdadera esencia práctica y popular.

Pero este Renacimiento duró poco, ahogado por la falsedad delirante del "remordimiento". De fuera trajo Anasagasti una versión muy personal de lo europeo, un poco a la manera de Tony Garnier. En 1924 conocemos aquí el primer libro de Le Corbusier, que tiene un adepto genial en Aizpurúa, pero su influencia se extiende a muchos, aunque se desvirtúa en la mayoría por la trivialidad de la Exposición de París de 1925, última novedad atractiva para la gran masa de ingenuos progresistas to-

davía dominante; y revitalizada entonces por el fracaso del ya citado Renacimiento español. Inmediatamente se presenta el problema de construir la Ciudad Universitaria de Madrid, y la inspiración se busca en las Universidades de Estados Unidos. Don Modesto López Otero y sus colaboradores traen de allí una versión depurada y constructiva de ellas, despojada de los sentimentalismos ingleses que en ellas solían abundar en aquella época. Pero ya era aquí conocida la Bauhaus, y ya se recibían aquí sus publicaciones y ejercían su influencia. Era escasa, en cambio, la del grupo holandés del "Stijl".

De todo ello surgen obras como el El Viso, en Madrid, de Blanco Soler y Bergamín, y mucha parte del estilo de Arniches, cuya otra vertiente, en cambio, se inclina al neo-renacimiento español de Zuazo, que, por otro lado, está incluido en el movimiento europeo de la zona del ladrillo, Hamburgo y Holanda principalmente, y dentro de este movimiento hace la Casa de las Flores. En este momento extraordinario llega la República y ataca de frente todas las bases de nuestra tradición y de nuestro modo de ser españoles, tratando de implantar un mimetismo de cualquier cosa extranjera. Para hacer más radical esta actitud destructora, empieza por quemar toda clase de edificios auténticos de nuestro tesoro artístico, con las obras de arte que contienen, y esta destrucción material sirve de prólogo al intento de destrucción espiritual de la Iglesia, del Ejército y de las costumbres. La reacción es inmediata, y en los últimos años de la República se inicia entre los arquitectos jóvenes de entonces un neoclasicismo del que es cabeza Muguruza, en tanto que el movimiento extranjerizante tiene su órgano—ingenuo y divertido en su fácil crítica—en la revista A. C. del GATEPAC.

Después, la guerra, entre una República entregada a lo no español (en el Madrid rojo reinaban jefes rusos y se hacía públicamente propaganda masónica y protestante) y un movimiento nacional español. Con la victoria, la necesidad de restaurar todo lo nuestro, sin distinción de matices ni aun de calidades, y de eliminar lo extraño, aunque algo bueno pudiera haber en ello. Ninguna preocupación de estilo expresó el nuevo Estado antes que lo hiciésemos los arquitectos, así que sólo a nosotros corresponde la responsabilidad, y la gloria en los casos de éxito, de haber contribuido desde nuestro terreno a esta restauración de nuestro modo de ser.

Durante los años siguientes, guerra mundial y posguerra, recibimos en España publicaciones que nos informaban de los movimientos modernos de la arquitectura en los demás países, pero no sentimos mucha tentación de imitarlos: en lo material, porque nuestros medios técnicos e industriales eran de otra clase, y en lo formal, porque la barbarie y la estupidez de que habían dado muestra esos países nos hacían desconfiar de su capacidad es-

piritual para servir de guías en ningún campo de las actividades humanas.

Todo ello refleja en el campo de la arquitectura, como en un espejo, el juego de acciones y reacciones, siempre nuevo y siempre repetido, que ha hecho posible la supervivencia de esta extraña entidad que se llama España a lo largo de tantos siglos.

#### BALANCE DE LA ULTIMA DECADA

Hacia 1950 cambia la situación. Ni a nosotros ni a los extranjeros—"occidentales", claro está—conviene que España, aislada, siga siendo como un castillo roquero lleno de gentes que, agrupadas en torno a su Caudillo, han de emplear la mayor parte de sus energías en defender su libertad contra continuos ataques del exterior. Se inician relaciones normales entre nosotros y otros países conforme a usos de gentes civilizadas. Se trata de la solidaridad occidental y de algo más importante en nuestro sentir de españoles: que la Iglesia Católica ha dejado también de ser otro castillo aislado y atacado por las grandes y oscuras fuerzas que rigen muchas naciones de este lado del "telón de acero". Ahora se cuenta con la Iglesia y no se ponen obstáculos a su expansión en países que tradicionalmente eran sus enemigos. A esta internacionalización espiritual corresponde en lo material la de la economía y de la industria. Los españoles no podemos ser ajenos a este nuevo carácter del mundo occidental, y de él procede la rápida incorporación a nuestra arquitectura de las formas y técnicas vigentes en los demás países. Por otra parte, nuestro constante individualismo hace que cada arquitecto español sea como el embajador en España de un determinado estilo del exterior.

El resultado de todo esto, visto desde 1960, descubre todos nuestros fallos. No nos gustan nuestras ciudades: se han duplicado y, a veces, triplicado, en completo desorden. Se ha destruido por lo general su valor tradicional sin resolver ningún problema actual: circulación, higiene, viviendas, espacios verdes, organización de la industria, etc., parecen resultado de la casualidad más que de planes premeditados. Edificios modernos, de estilo sueco, inglés, alemán o norteamericano, contribuyen al desorden general y a su falta de armonía tanto como los edificios anteriores de fachadas Luis XV y de chapiteles barrocos. Por lo menos a éstos se les puede defender, porque cuando se hicieron no existían los problemas de una ciudad moderna, pero los modernísimos que hacemos ahora deberían, ante todo, resolver estos problemas generales de la ciudad, y no lo hacen. Falta el sentido coordinador que haga de la ciudad un verdadero organismo, y no, como ahora, una exposición de alardes técnicos y artísticos. Y no es falta de planes urbanísticos ni de nefastas influencias capitalistas—que aquí no tienen la fuerza de esas enormes empresas que hay en país tan

afín a nosotros como Italia—, sino individualismo anárquico, constante entre nosotros y parte de nuestro modo de ser, que, si por un lado, es bueno para conquistar y conservar una independencia, por otro lado es malo para construir una ciudad. Así, finalmente, vemos, ante el panorama actual de cualquiera de nuestras ciudades, que cualquier estilo o modo de arquitectura no pasa, en general, de ser un sistema decorativo, incluyendo también en lo decorativo la propia estructura.

El "eón" del barroco, constante universal descubierta por Eugenio d'Ors como fuerza soterrada o aparente, pero siempre viva, a lo largo de toda la historia universal, tiene entre nosotros un poder extraordinario desde hace varios siglos. Cada vez son más vivos y largos los períodos barrocos, y más breves los tiempos clásicos. Ejemplo significativo: de la pureza y clasicismo de la pintura abstracta del español Juan Gris se ha pasado en poco tiempo al barroquismo delirante del arte abstracto español de hoy; de la Geometría a la "furia española", de lo consciente y razonado, a la expresión de lo inconsciente subjetivo y al uso de las casualidades que se dan en la materia como valores artísticos. Que este modo de arte abstracto sea también normal en otros países no alivia nuestra preocupación española, pues en ellos rige la especialización que permite coexistir el clasicismo en arquitectura—Mies van der Rohe—con el barroquismo en pintura y escultura. Pero nosotros no somos especialistas, sino hombres completos, a los que "nada humano es ajeno", y así nuestra arquitectura y nuestras ciudades participan de las corrientes vigentes en lo más avanzado del arte y del pensamiento de los que se consideran situados delante de la vanguardia: corrientes de subjetivismo, espontaneidad, casualidad, antifinalismo (porque el "fin" sería la nada), improvisación fulgurante, etc. Las nuevas generaciones están, como las anteriores, muy unidas por su propio individualismo dentro de su castillo roquero. Sin embargo, todos queremos instaurar un orden y una jerarquía, lo cual, en la nueva era técnica, requiere tres condiciones:

- 1.<sup>a</sup> Trabajo en equipo, con la consiguiente renuncia a todo subjetivismo.
- 2.<sup>a</sup> Visión de conjunto de los problemas nacionales y aun mundiales: demográficos, económicos, industriales, culturales, etc.
- 3.<sup>a</sup> Sujeción de los intereses personales—aunque sean artísticos y técnicos—ante el bien común.

Si se puede hacer esto dentro de nuestro espíritu de independencia y de nuestra jerarquía de valores, tendremos buena y duradera arquitectura. Pero no si para hacerlo hemos de someternos a una manera ajena de concebir el mundo y la vida, como sería la manera capitalista y marxista que pone el bien común en sólo los valores

materiales y culturales y excluye al hombre "portador de valores eternos" (como dijo José Antonio), al hombre religioso, al que hace la historia y lleva en sí la que ya se hizo. Hace pocos días, en la Facultad de Filosofía y Le-

tras de Madrid, decía Sciacca: "Esta es la crisis de los valores, y se equivocan aquellos cristianos que piensan superarla solamente con una nueva organización social. Estos cristianos son marxistas sin saberlo."